

HOMENAJE A
VÍCTOR L. URQUIDI

Organizado por la
Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas

El Colegio de México, 29 de junio de 2004



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Palabras iniciales • 9

José Romero

Reconocimiento a Víctor Urquidi • 13

Andrés Lira

Víctor Urquidi, una semblanza • 17

Josefina Zoraida Vázquez

Palabras en el homenaje a Víctor L. Urquidi • 23

Joseph Hodara

Víctor Urquidi y la reforma fiscal • 27

Samuel I. del Villar

Víctor Urquidi, el profesor • 35

Lorenzo Meyer

Víctor L. Urquidi, científico social visionario • 39

Gustavo Garza

Don Víctor Urquidi y el Programa Interdisciplinario
de Estudios de la Mujer • 45

Elena Urrutia

Don Víctor Urquidi • 51

José Luis Reyna

Palabras de reconocimiento a don Víctor Urquidi • 55

Claudio Stern

Mi trabajo diario con el señor Urquidi • 61

Graciela Salazar

VÍCTOR URQUIDI, EL PROFESOR

Lorenzo Meyer

Todo homenaje a un individuo tiene, al menos, un doble propósito. Desde luego y en primer lugar, el reconocimiento al personaje único, irrepetible. Y también tiene otro objetivo: el de ser una aclamación pública de ciertos rasgos de carácter que, por acentuados en el homenajeado, invitan a ser tomados como ejemplo por quienes los consideran valores fundamentales, dignos de ser subrayados y celebrados.

Entre los aquí presentes y en esta institución —El Colegio de México—, creo ser la persona adecuada para subrayar el valor de la conducta de Víctor Urquidi como maestro; más concretamente, como profesor. La transmisión de conocimientos de manera directa, en el ámbito del salón de clase, es parte de la tarea de todos los miembros de esta institución, pero es igualmente cierto que no todos lo pueden hacer con la misma eficacia. Y puedo atestiguar que eficacia es justamente el concepto adecuado para definir a Víctor Urquidi como profesor.

El salón de clase no era el ámbito natural de Urquidi cuando lo conocí en febrero de 1961. Él tenía entonces 42 años y yo 19. Él estaba en esos años dedicado a sus tareas como economista en dos instituciones clave del Estado mexicano: el Banco de México y la Secretaría de Hacienda. El tenerlo por casi dos semestres como profesor de “Análisis económico” en El Colegio de México, justamente en el primer año de una licenciatura recién creada y que no estaba centrada en la economía —una ciencia dura dentro del ámbito de las ciencias sociales— sino

en la política internacional contemporánea, fue un lujo del que no tuve plena conciencia sino hasta años después.

El grupo de internacionalistas en ciernes al que Víctor Urquidi debió entonces introducir a grandes pinceladas en el mundo de los grandes conceptos de la micro y la macroeconomía, no era particularmente notable y provenía de disciplinas como derecho, ciencias políticas o historia, y algunos, como era mi caso, de ninguna, pues acabábamos de salir de la preparatoria. Si la memoria no me traiciona, en ese grupo de poco más de tres decenas de personas, sólo uno había pasado por una escuela de economía. En términos generales, puede decirse que los estudiantes de 1961 éramos muy representativos del nivel académico de la época —un nivel entre mediano y bajo— y absolutamente inocentes en la materia de la que Víctor Urquidi era entonces uno de los grandes expertos en América Latina.

El reto de Urquidi como profesor de personas mal o medianamente preparadas en su educación general y completamente ajenas a su materia, era despertar y moldear su imaginación económica. Se trataba de estudiantes que no serían economistas y que, además, parecían refractarios al modo de ver y pensar el mundo de los economistas, pero que, idealmente, su formación requería un conocimiento mínimo de los conceptos básicos de la economía para poder entender la naturaleza de los resortes que mueven la política de los estados en el sistema internacional, para explicar las grandes desigualdades entre los actores de ese sistema y, sobre todo, la sustancia del subdesarrollo latinoamericano y las posibilidades de superarlo. Guiado por Urquidi, ese conjunto heterogéneo de estudiantes entró, como un puñado de sorprendidas Alicias, en el exótico país de la oferta y la demanda, el mercado, la moneda, el trabajo, el consumo, el ahorro, la inversión, el gasto, el déficit, el superávit, el multiplicador, la competencia, el monopolio, el pro-

ducto interno bruto, el comercio exterior, las ventajas comparativas, etc., hasta culminar en las cuentas nacionales.

Puedo atestiguar que Víctor Urquidi resultó ser un profesor estupendo y, sin duda, el mejor que tuve entonces y uno de los mejores que he tenido. Urquidi supo transmitir, con la ayuda de libros traducidos y publicados por el Fondo de Cultura Económica —otra institución a la que él estuvo ligado— y ejemplos directamente vividos por él —y que iban de México a China, pasando por el resto de las zonas geográficas y políticas—, la esencia de todos los conceptos que presentó. Pero eso no fue todo, sino que también supo transmitir y grabar en la mente de sus alumnos una visión del mundo enteramente novedosa, así como un sentido de urgencia para transformar esa parte de la realidad en la que vivíamos: la América Latina, subcontinente que él ya conocía de arriba a abajo.

Víctor Urquidi impartía su clase muy de mañana, camino a su trabajo en el mundo de la alta política económica, y lo hacía con la sencillez y seguridad de quien se sabe en pleno dominio de su materia y que, justamente por ello, no buscaba ninguna clase de reconocimiento de los que estaban al otro lado de la mesa en el pequeño auditorio de Guanajuato 125. No hacía concesiones para congraciarse con sus oyentes, pero tampoco incomodaba a los estudiantes haciendo ostentación de la distancia intelectual que le separaba de ellos. A nosotros nos quedó claro desde muy temprano que Urquidi era alguien urgido por explicarse y explicar la naturaleza del subdesarrollo; en nuestro caso suponía que nosotros, al abandonar el aula y salir al mundo real, nos tendríamos que unir a la empresa común de superar el atraso de México y del subcontinente del que formaba parte, para, en sus propias palabras, darle finalmente viabilidad económica a la América Latina.

Poco antes de concluir el segundo semestre, Urquidi tuvo que abandonar la cátedra y fue sustituido por otro economis-

ta; fue en ese momento cuando empezamos a percatarnos de algo que después se nos haría evidente: que son muy raros los economistas que pueden comunicarse a través de otras disciplinas. Y Urquidi pudo hacerlo justamente por poseer una formación general muy sólida. Desde luego que podría seguir ahondado en el tema, pero se me pidió ser breve y debo concluir: sin ser profesor de carrera, pero asumiendo plenamente la responsabilidad de introducir a jóvenes no economistas al mundo de la disciplina que él dominaba, Víctor Urquidi se condujo como un maestro auténtico. Ninguno de mi generación —única a la que él dio clase en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México— logró sacar la nota más alta posible, pero nosotros a él, desde entonces, y superando los tan comunes rencores del estudiante al profesor que no hace concesiones, por supuesto que le otorgamos ese diez. Cuarenta y tres años más tarde, y a nombre de los que quedamos de ese grupo, le refrendamos tan alta nota.